

corre por un lado de la roca, y por el otro pasa el camino. Este camino, sembrado de caseríos, compone el pueblo entero de Bard. En la cima de la roca un fuerte, inexpugnable por su posición, aunque mal construido, arrasa con sus fuegos por la derecha las orillas del Dora-Baltea y por la izquierda la senda prolongada que forma la reducida población de Bard. La entrada y la salida de esta senda única estaban cerradas por puentes levadizos, y una guarnición escasa, pero bien dirigida, ocupaba el fuerte.

Lannes, que no era hombre á quien intimidaba el peligro, hizo adelantar inmediatamente algunas compañías de granaderos, que echaron abajo los puentes levadizos y penetraron en Bard á pesar de un fuego violento. El comandante del fuerte hizo llover multitud de balas y aun de granadas sobre aquella malhadada aldea, pero mandó por fin cesar el fuego por consideración á sus habitantes. La división quedó estacionada fuera de ella; era evidente que no se podía hacer pasar el material de un ejército por debajo de los fuegos de un fuerte que flanqueaba el camino en todos sentidos. Lannes lo puso en conocimiento de Berthier; apresuró éste su marcha, y reconoció con espanto cuán difícil era vencer aquel obstáculo que tan repentinamente se les oponía. Fué enviado á reconocerlo el general Marescot; examinó éste el fuerte y le declaró casi inexpugnable, no por su construcción, que era en verdad mediana, sino por su posición enteramente aislada. Lo escarpado de la roca hacía la escalada casi imposible; en cuanto á los muros, á pesar de que no los cubría terraplén ninguno, no podían ser batidos en brecha por no poder establecerse una batería convenientemente colocada para llegar á ellos. Era, sin embargo, posible subir á fuerza de brazos algunas piezas de pequeño calibre á las alturas circunvecinas, y así lo dispuso Berthier. Los soldados, avezados á las más difíciles empresas, trabajaron en subir dos piezas de á cuatro y luego otras dos de á ocho; consiguieron efectivamente asestarlas sobre la montaña de Albaredo que domina la roca y el fuerte de Bard; y sorprendieron á la guarnición haciendo llover sobre ella al punto un fuego mortífero. Pero recobrando aquélla el ánimo, respondió á las descargas y desmontó una de nuestras piezas que era de un calibre demasiado pequeño.

Declaró Marescot que no debía esperarse tomar el fuerte y que era preciso imaginar otro medio de vencer el obstáculo. Hicieron reconocimientos por la izquierda á lo largo de las sinuosidades de la montaña de Albaredo, y se encontró por fin un sendero que por entre los más inminentes peligros, mayores aún que los del mismo San Bernardo, conducía á San Donaz, uniéndose con la carretera del valle por debajo del fuerte. Este sendero, aunque atravesaba una montaña de segundo orden, era por lo menos tan embarazoso como el del San Bernardo, por que sólo andaban por él los ganados y sus pastores. Si había de intentarse otra operación como la que se acababa de verificar, y si era menester cruzar aquel collado desmontando otra vez y volviendo á montar la artillería llevándola á rastras con tan grandes esfuerzos, podría suceder muy bien que ni fuesen suficientes para ejecutarlo los brazos del ejército, ni los efectos tantas veces traqueados se hallasen en estado de servir. Alarmado Berthier con esta consi-

deración, dió inmediatamente contraorden á las columnas que iban sucesivamente llegando, hizo detener en todas las líneas la marcha de los soldados y de los efectos de guerra para que el ejército no se internase más teniendo al fin que retroceder, y en un instante cundió la alarma hacia las retaguardias y creyeron todos fallida su gloriosa empresa. Envió Berthier varios correos al primer cónsul dándole parte de aquel inesperado contratiempo.

Hallábase éste aún en Martigny por no querer atravesar el San Bernardo antes de ver por sus propios ojos puestos en camino los últimos efectos del ejército. El anuncio de un obstáculo reputado como insuperable le causó de pronto una especie de consternación; mas recobró su serenidad en breve, y se opuso obstinadamente á que se hiciera el menor movimiento retrógrado. No había nada en el mundo que pudiera obligarle á semejante extremo. Juzgaba que no habiéndole detenido una de las más altas montañas del globo, no era bastante un monte de segundo orden á vencer su indómita constancia y su genio; pensaba que á fuerza de audacia sería posible tomar el fuerte, y que si esto no se conseguía habría medio para hacer un rodeo sin necesidad de volver atrás. Por otra parte, con tal que la infantería y la caballería pudieran pasar con unas cuantas piezas de á cuatro, no había inconveniente en que continuasen hasta Ivrea á la entrada de la llanura, esperando allí que el grueso de la artillería pudiese alcanzarlas. Si no podía la artillería de grueso calibre salvar el obstáculo que acababa de presentarse, y si por lo tanto era menester apoderarse de la artillería enemiga para no carecer de esta arma, la infantería francesa era bastante numerosa y denodada para arrojar sobre los austriacos y arrebatarles sus cañones. Para mayor seguridad repasó nuevamente sus planos, consultó con muchos oficiales italianos, y sabedor por sus informes de que había otros caminos que conducían de Aosta á los valles circunvecinos, escribió á Berthier repetidas cartas prohibiéndole interrumpir el movimiento del ejército é indicándole con asombrosa precisión los reconocimientos que había que hacer alrededor del fuerte de Bard. Considerando como único peligro grave la llegada de un cuerpo enemigo que cerrase la salida de Ivrea, mandó á Berthier que condujese á aquel punto á Lannes por el sendero de Albaredo y que le hiciese fortificarse en una posición defendida de la artillería y de la caballería austriacas. «Cuando Lannes, añadía el primer cónsul, guarde la entrada del valle, todo lo que pueda suceder importa poco; sólo será una mera pérdida de tiempo. Tenemos víveres suficientes para esperar, y siempre conseguiremos ó hacer un rodeo, ó vencer el obstáculo que ahora nos detiene.»

Enviadas estas instrucciones á Berthier, dirigió sus últimas órdenes al general Moncey, que debía desembarcar por el San Gotardo, y al general Chabrá, que por el pequeño San Bernardo debía salir precisamente por delante del fuerte de Bard, y se decidió por fin á atravesar los montes en persona. Antes de partir recibió noticias del Var, en las cuales se le decía que el 14 de mayo (24 floreal) el barón de Melas se hallaba todavía en Niza. Siendo el día en que recibió aquel parte el 20 de mayo, no era de suponer que el general austriaco hubiese acudido de Niza á Ivrea en el corto espacio

de seis días. Hecho este cálculo, emprendió su marcha el mismo día 20 antes de alborar, y se dispuso á atravesar la cordillera en compañía de su edecán Duroc y de su secretario Bourrienne. Las artes nos le han representado hollando las nieves de los Alpes en un fogoso corcel (1); he aquí la verdad pura y sencilla. Subió el San Bernardo caballero en una mula, envuelto en su levita gris favorita, conducido por un guía del país, mostrando en los pasos difíciles la distracción propia de un hombre que tiene la imaginación ocupada en otra cosa, hablando de tiempo en tiempo con los oficiales diseminados por el camino, y dirigiendo á veces preguntas varias al conductor que le acompañaba, haciéndole contar su vida, sus penas y placeres, como viajero ocioso que no sabe cómo matar el tiempo. El conductor, que era joven, le refirió candorosamente todos los pormenores de su obscura existencia, y sobre todo el cordojo que sentía por no poder á causa de sus pocas facultades casarse con una doncella de aquellos valles. El primer cónsul, unas veces escuchándole, otras haciendo preguntas á los numerosos pasajeros que encontraba por el monte, llegó á la hospedería, donde los buenos monjes le recibieron con premura. Apenas se apeó de su cabalgadura, escribió una esquela que confió á su guía, encargándole la remitiese puntualmente al administrador del ejército que había quedado á la parte de acá del San Bernardo. Llegando á la tarde aquel joven á San Pedro, supo con sorpresa cuán poderoso era el viajero á quien había conducido por la mañana, y que el general Bonaparte le había hecho don de un campo con su caserío, y con todo lo necesario para casarse y realizar los sueños de su modesta ambición. No hace mucho aquel campesino murió en su país siendo propietario de la hacienda que le regaló el dominador del mundo. Este acto singular de beneficencia es muy digno de atención por el momento crítico en que tuvo lugar. Aunque no fuera más que un capricho de un conquistador que sembraba á la ventura el bien y el mal, derrocando imperios ó edificando una humilde cabaña, siempre es provechoso citar semejantes caprichos, aun cuando sólo sirviera para estimular con el ejemplo á los dominadores de la tierra; pero aquel acto proviene de más elevado origen. El alma del hombre siempre se inclina á hacer el bien en los momentos en que experimenta cualquier anhelo vehemente, y los beneficios que dispensa van encaminados por su intención á merecer lo que de la Providencia solicita. Detúvose el primer cónsul algunos instantes con los religiosos, les dió gracias por los cuidados que habían prodigado á su ejército, y les hizo una dádiva de gran consideración para el socorro de los pobres y de los viajeros.

Descendió rápidamente dejándose resbalar sobre la nieve según la costumbre del país, y llegó aquella misma noche á Etroubles. Al día siguiente, después de detenerse algunos momentos en examinar el parque de

(1) Así en efecto le representó la férvida imaginación del célebre pintor David, al estilo de la estatua de César en medio de sus legiones, en un soberbio lienzo que existe hoy en el palacio de Versalles. Retrató á su héroe sobre un fogoso bridón, trepando á galope por las rocas de aquel monte, revestido con un traje ideal, cual solían darlo á los modernos guerreros los artistas de aquel tiempo y de la época del Imperio, envuelto en un manto antiguo grandiosamente desplegado por una ráfaga de viento.

(N. del T.)

artillería y los víveres se encaminó con dirección á Aosta y al Bard. Reconociendo la certeza de cuanto le habían dicho, resolvió llevar su infantería, su caballería y las piezas de á cuatro por el sendero de Albaredo, cosa practicable después de compuesto dicho sendero. Debían ir todas las tropas á tomar posesión del desem-bocadero de las montañas delante de Ivrea, y entretanto el primer cónsul dirigir algún golpe de mano sobre el fuerte, ó bien buscar los medios para salvar el obstáculo, haciendo pasar su artillería por uno de los collados vecinos. Mandó al general Lecchi que subiese por la izquierda á la cabeza de los italianos y penetrase por el camino de Grassoney en el valle del Sesia, que va á parar cerca del Simplón y del lago Mayor. El objeto de este movimiento era dejar expedito el camino del Simplón, darse la mano con el destacamento que bajaba por aquel lado y reconocer finalmente todos los caminos carreteros practicables. Pensó al mismo tiempo el primer cónsul en lo concerniente al fuerte de Bard. Por este lado estábamos en posesión de la única calle que forma el pueblo; pero era preciso atravesarla bajo una lluvia de balas tan terrible, que no había apenas medio de cruzar con un tren de artillería ni siquiera una distancia de doscientas á trescientas toesas. Se intimó la rendición al comandante; pero respondió éste con la firmeza propia de un soldado que conocía la importancia del puesto confiado á su valor; de modo que sólo la fuerza podía hacernos dueños del paso.

La artillería, que se había colocado sobre la montaña de Albaredo apuntando al fuerte, no producía grande resultado; se intentó escalar la primera muralla, pero perecieron inútilmente ó fueron heridos en la escalada algunos valientes granaderos y un excelente oficial llamado Dufour. Las tropas al mismo tiempo iban caminando por el sendero arriba; mil quinientos trabajadores habían hecho en él las obras más urgentes: ensancharon los parajes más angostos por medio de maledones y terraplenes, suavizaron las cuestas más rápidas abriendo en ellas escalones, y en las quiebras más agrias é intratables cruzaron troncos de árbol, formando puentes para atravesar los barrancos y despeñaderos más peligrosos. Iba adelantando el ejército, marchando los soldados de uno en fondo y llevando los jinetes sus caballos de la brida. El oficial austriaco que mandaba el fuerte veía desfilar nuestras columnas desesperado por no poder detener su marcha, y escribió á Mr. de Melas que estaba siendo testigo del paso de un ejército entero de infantería y caballería, sin tener arbitrio para estorbarlo, pero añadía que salía responsable con su cabeza de que llegaría sin un solo cañón.

Entretanto emprendía nuestra artillería una de las más atrevidas maniobras, haciendo pasar una pieza por debajo de los mismos fuegos del fuerte, al abrigo de la noche. Desgraciadamente, advertido el enemigo por el ruido, arrojó alcancías que iluminaron el camino como si fuese de día, y lanzaron sobre ella una lluvia de proyectiles. De trece artilleros que se habían arriesgado á arrastrar la pieza, siete quedaron muertos ó heridos. Hubiera bastado aquello para desalentar á los más valientes cuando se pensó echar mano de otro medio ingenioso, pero también muy arriesgado. Cubrieron el camino de paja y de estiércol, envolvieron con estopas los cañones para que no hiciese el menor ruido el cho-



que del metal con las cureñas; quitáronles los tiros, y unos cuantos artilleros arrojados se decidieron á tirarlos á brazo, pasando con ellos por debajo de las baterías del fuerte á lo largo de la calle de Bard. Este medio produjo excelente resultado. Disparaba el enemigo de tiempo en tiempo por vía de precaución, y nos inutilizó algunos artilleros; pero á pesar del fuego, toda la artillería de grueso calibre fué transportada en breve al otro lado del desfiladero, y quedó vencido aquel formidable obstáculo que había inspirado más recelos que el mismo paso del San Bernardo. Los tiros de los trenes tomaron el sendero de Albaredo.

Mientras se ejecutaba una operación tan atrevida, Lannes, que marchaba adelante al frente de su infantería, se apoderó el 22 de mayo del pueblo de Ivrea, que no había sido reparado desde las guerras de Luis XIV, y que por un presentimiento singular, pero tardío, el estado mayor austriaco armaba en aquel momento. La defensa de Ivrea consistía en una ciudadela separada del recinto de la plaza y en una muralla guarnecida de bastiones. El bizarro general Watrín, á la cabeza de su división, asaltó la ciudadela; Lannes se dirigió en persona contra la misma plaza, y los soldados se apoderaron de ambas al asalto. Había allí unos cinco ó seis mil austriacos, la mitad de caballería, que se dispersaron apresuradamente; Lannes hizo en ellos prisioneros, los repelió fuera del valle y fué á apostarse á la entrada de la llanura del Piamonte, en la posición designada por el primer cónsul. De allí á pocos días llegó á ser para nosotros la población de Ivrea, defendida por los austriacos, un embarazo de mucha gravedad, si no de todo punto insuperable. Encontraron cañones y víveres, y acabaron de armarla y abastecerla para que fuese en cualquier caso adverso uno de los apoyos de nuestra línea de retirada.

Mientras tanto el general Chabrán bajaba con su división por el pequeño San Bernardo, y como había en ella muchos reclutas recientemente incorporados, se le confió el bloqueo del fuerte de Bard, que no podía tardar en rendirse cuando se viera sin recursos y habiendo ya dado paso á la artillería cuya marcha no podía detener. El general Thurreau, á la cabeza de un cuerpo de cuatro mil hombres, ganaba la salida de Suiza, hacía mil quinientos prisioneros y se apoderaba de varios cañones; mas se veía precisado á detenerse á la entrada del valle, entre Suza y Bussolino. El general Lecchi con los italianos daba la vuelta al valle del Sesia, y rechazaba á la división de Rohán: le inutilizaba algunos centenares de hombres, y acudía á desembarazar la salida del Simplón y á darse la mano con un destacamento de la división dejada en Suiza al comenzar la campaña. Finalmente, el cuerpo del general Moncey, que formaba una escala prolongada en el valle del San Gotardo, iba trepando por sus alturas.

Verificábase, pues, el movimiento general del ejército en todos los puntos con un éxito completo. Era preciso, por fin, salir del valle de Aosta. Lannes, dirigiendo siempre la vanguardia, dejó el valle el 26 de mayo (6 pradiel), y no titubeó en aparecer desde luego en la llanura. El general austriaco Haddich tenía encargo de cerrar la salida de los Alpes con unos mil hombres de infantería y su numerosa caballería; protégiale el Chiusella, riachuelo que desagua en el Dora-Baltea.

Para atravesarle había un puente, y Lannes se encaminó á él rápidamente con su infantería. Fueron recibidos nuestros batallones con unas descargas de artillería que, aunque repentinas y bien dirigidas, no les impidieron seguir adelante; el valiente coronel Macón entró en el río con su media brigada, le pasó por uno y otro lado del puente y subió por la opuesta orilla. La caballería austriaca, mandada por el general Palfy, intentó cargar sobre aquella media brigada, pero el general cayó muerto y huyeron dispersados sus jinetes. Los franceses, reforzados con el resto de la división de Lannes, avanzaron persiguiendo al enemigo con su acostumbrado ímpetu, y aprovechando el general Haddich el desorden de aquel perseguiimiento, lanzó contra ellos sus escuadrones con suma oportunidad. La 6.<sup>a</sup> ligera tuvo que detenerse; pero la 2.<sup>a</sup>, formada en columna cerrada, repelió sólo con sus descargas aquel nuevo ataque de la caballería austriaca. Movieronse entonces á la vez miles de caballos (1) para tentar la última carga sobre nuestra infantería; pero las medias brigadas 40.<sup>a</sup> y 22.<sup>a</sup> formadas en cuadro sostuvieron con prodigioso esfuerzo aquel choque formidable. Tres veces fueron cargadas, y otras tres se estrellaron los escuadrones enemigos contra el rígido muro de sus bayonetas. El general Haddich, viéndose sin fuerzas para resistir á la vanguardia del ejército francés, dió la orden de retirada, dejando en el campo de batalla gran número de soldados entre muertos y heridos, y bastantes prisioneros, y abandonó á Lannes la llanura del Piamonte retirándose detrás del Orco. Lannes continuó su marcha, y el 28 de mayo (8 pradiel) se presentó en Chivasso, orillas del Po. Atónitos los austriacos con una invasión repentina, se apresuraban á evacuar á Turín; sus barcas cargadas de trigo, de arroz, de municiones y de heridos, iban por la corriente del Po abajo descuidadas, cuando se presentó Lannes y se apoderó de todos aquellos convoyes, proveyendo al solaz y regalo de nuestro ejército con la abundancia que destinaban los austriacos para el suyo. Trece días habían apenas transcurrido, y ya la prodigiosa empresa del primer cónsul se había logrado completamente. Sin caminos transitables, arrastrando á fuerza de brazos todos sus efectos de guerra por entre la nieve, ó empujándolos bajo el mortífero fuego de un fuerte que disparaba á boca de jarro, acababa de atravesar un ejército de cuarenta mil soldados de infantería, caballería y artillería las más altas montañas de la Europa. Una división de cinco mil hombres bajó por el pequeño San Bernardo. Otra de cuatro mil desembocó por el monte Cenís; ocupaba el Simplón un grueso destacamento; por último, en la misma cima del San Gotardo aparecía un cuerpo de quince mil franceses mandado por el general Moncey. Formaban entre todos unos sesenta y tantos mil soldados, dispuestos á entrar en Italia, y aunque separados todavía por considerables distancias, iban á hallarse reunidos en breve en torno de una masa de cuarenta mil combatientes que desembocaba por Ivrea en el centro del semicírculo de los Alpes. Y no era aquella marcha extraordinaria un capricho de un general que para envolver á su adversario se exponía á verse él en-

(1) La línea de la caballería enemiga se componía de 4.000 jinetes. (Parte de Berthier.) El combate del Chiusella fué, según el parte citado, el 25 de mayo, y no el 26. (N. del T.)

vuelto, sino que dueño del valle de Aosta, del Simplón y del San Gotardo, tenía el general Bonaparte la certeza de que si perdía una batalla podía retroceder al punto de donde había partido, sacrificando todo lo más una pequeña parte de su artillería, caso de ser urgente la retirada. No teniendo ya nada que ocultar, se presentó en Chivasso, arengó á las tropas, las felicitó por su firmeza contra la caballería austriaca, les anunció los grandes resultados que preveía, y se dejó ver, no sólo por sus soldados, sino también por los italianos y los austriacos, para intimidar ahora con su presencia al enemigo á quien antes había querido adormecer con una seguridad funesta.

¿Qué hacía entretanto el barón de Melas? Tranquilizado siempre por el gabinete de Viena y por sus propios agentes en lo tocante al fabuloso ejército de reserva, continuaba empeñado en el asedio de Génova y en el ataque del puente del Var. Sufrió pérdidas considerables en ambos puntos; pero, por lo demás, seguía creyendo que los envíos de tropas hacia Dijón no tenían otro objeto que reunir los reclutas que debían cubrir las bajas que ocurriesen en los dos ejércitos del Rhin y de la Liguria; mas un aviso que le fué comunicado hacia mediados de mayo le inspiró algunos temores por lo que pudiera acaecer á sus espaldas; sin embargo, se tranquilizó en breve y volvió á creer que las tropas reunidas en Dijón iban á encaminarse directamente por la corriente abajo del Saona y del Ródano, con objeto de reunirse al cuerpo del general Suchet sobre el Var. En vez de enviar tropas por el collado de Tenda al Piamonte, conservó todas sus fuerzas bajo el mando del general Elsnitz delante del puente del Var. Entretanto las columnas francesas iban ocupando á la vez todos los valles de los Alpes, y sólo desvanecieron sus ilusiones, aunque sin desengañarle del todo, después que el general Wukassowich las vió maniobrar clara y distintamente. Dejó al general Ott con treinta mil hombres sobre Génova, al general Elsnitz con veinte mil delante del puente del Var, debiendo reforzarse éste con las tropas del general Saint-Julien que quedaban disponibles desde la toma de Savona, y retrocedió con un destacamento de diez mil soldados, atravesando el collado de Tenda, con dirección á Coni. El 22 de mayo entró en esta última plaza. Hasta entonces había creído el general austriaco que las tropas francesas que había visto no eran más que partidas de reclutas, empleados en amagar á su retaguardia para hacerle desistir del asedio de Génova, y no creía aún que pudiera ser el mismo general Bonaparte á la cabeza de un grande ejército. Mas presto se desvaneció esta última ilusión. Uno de sus oficiales, que conocía bien al general Bonaparte, fué enviado á Chivasso y vió por sus propios ojos al vencedor de Rívoli y Castiglione. Se lo participó á su general en jefe y sólo entonces comprendió éste toda la extensión del daño que le amenazaba, porque ya era evidente que no eran aquellas tropas meros pelotones de reclutas favorecidos con la persona del primer cónsul. Había aún más: dudóse hasta entonces que los franceses tuviesen artillería, pero se percibió claramente hacia el Chiusella el estampido de sus cañones. Aquel respetable anciano que en la campaña precedente se había señalado con méritos incontestables, se entregó desde entonces á las más crueles angustias; cada día

crecía su turbación y desaliento, y supo en breve que las cabezas de las columnas de Moncey iban bajando por el San Gotardo.

Su situación, en efecto, era extraordinariamente apurada. De ciento veinte mil hombres que tenía al abrirse la campaña, había perdido por lo menos veinticinco mil sobre Génova y en el Var. Los que le quedaban estaban diseminados: el general Ott se hallaba con treinta mil hombres sobre Génova; el general Elsnitz con veinticinco mil cerraba el puente del Var; el general Kaim, encargado de guardar las salidas de Suiza y Pignerol, con unos doce mil hombres, acababa de perder á Suza y se retiraba á Turín. El general Haddich, que debía custodiar con unos nueve mil hombres poco más ó menos los valles de Aosta y del Sesia, acababa de replegarse delante de Lannes; el general Wukassowich, que observaba con diez mil hombres los valles del Simplón y del San Gotardo, nada podía esperar si se veía acometido por Moncey. El barón de Melas en persona ocupaba á Turín con un cuerpo de diez mil hombres sacado de Niza. Ahora bien: ¿tendría intención el general Bonaparte de caer sobre todos aquellos cuerpos dispersos, y batirlos y destruirlos unos tras otros? Quizás había tiempo aún para tomar determinaciones saludables, siempre que fuese pronto y se ejecutaran con inteligencia; pero el general austriaco perdió varios días en reponerse de su pesar y en enterarse de los proyectos de su adversario antes de formar los suyos propios, y de resignarse, por último, al sacrificio que era indispensable para reconcentrar sus fuerzas, y que consistía en abandonar á un mismo tiempo el Var y una gran parte del Piamonte y acaso también la ciudad de Génova.

Mientras se resolvía, el general Bonaparte por su lado tomaba sus determinaciones con su acostumbrada celeridad y resolución. Las determinaciones que iba á tomar no eran por cierto de menos gravedad que las de su adversario. Si los austriacos estaban dispersos, también lo estaban los franceses, puesto que bajaban por los cuatro puntos distantes del monte Cenís, del grande y pequeño San Bernardo, del Simplón y del San Gotardo; había que reunirlos, cortar en seguida todas las retiradas del barón de Melas, y por último libertar del asedio á Massena, que debía hallarse en aquel momento reducido al último apuro.

Al bajar del San Bernardo tenía el general Bonaparte á su derecha el monte Cenís y Turín, á su izquierda el San Gotardo y Milán, y frente por frente, á cincuenta leguas de distancia, á Génova y á Massena. ¿Qué partido podía tomar en tales circunstancias? Apoyarse por la derecha en el monte Cenís para reunirse con los cuatro mil hombres del general Thurreau era cosa de poco momento, y le exponía dicha maniobra á encontrarse inmediatamente con Mr. de Melas, que si bien no era muy de temer por el estado de dispersión en que se hallaban sus fuerzas, tenía sin embargo abiertos por la izquierda para retirarse los caminos de Milán ó de Placencia. No valía la pena en verdad haber hecho tan grandes esfuerzos para atravesar los Alpes y sorprender al enemigo, si después de haber cortado sus comunicaciones se las dejaba otra vez libres. Seguir adelante en línea recta, pasar el Po, volar á Génova atravesando por los cuerpos dispersos del ejército, abandonando al general Thurreau á la derecha y al general Moncey á la



izquierda, y comprometiendo todas sus comunicaciones, no era prudente ni digno de la pericia profunda que había sabido combinar todas las partes de aquel plan con tanta reflexión como audacia. Ignorábase qué especies de fuerzas se atravesarían en aquel camino; se sacrificaba la línea de retirada hacia los Alpes, y se abandonaba á sí propios á los generales Thurreau y Moncey, reducidos probablemente á replegarse hacia el monte Cenis y el San Gotardo, sabe Dios á cuánta costa. Mejor hubiera sido socorrer á Massena directamente por Tolón, Niza y Génova. Hechas estas consideraciones, no quedaba evidentemente otro partido que el apoyar por la izquierda hacia el San Gotardo y Milán, y darse la mano con los quince mil hombres del general Moncey. De este modo se reunía el destacamento principal del ejército y formaba éste una fuerza de setenta mil combatientes; se ocupaba la capital de la Italia superior, se insurreccionaban los pueblos que quedaban á espaldas de los austriacos, se tomaban todos los almacenes de éstos, se ocupaba la línea del Po con todos los puentes de tan caudaloso río, y por último, poniéndose en disposición de obrar en una y otra orilla, se envolvía á Mr. de Melas en cualquier lado por donde intentara evadirse. Verdad es que según este plan los socorros que se iban á enviar á Massena se retrasaban ocho ó diez días, lo cual era muy de sentir; pero juzgaba el general Bonaparte que su presencia en Italia bastaría á ahuyentar el ejército de la Liguria, creyendo que Mr. de Melas se apresuraría á llamar á sí los diversos cuerpos que atacaban á Génova y el paso del Var. En todo caso los generales Massena y Suchet habían llenado su cometido deteniendo á Mr. de Melas sobre el Apenino, molestándole y sobre todo impidiéndole cerrar las salidas de los Alpes. El defensor de Génova, resignado á sucumbir, se consagraba con heroísmo al éxito de una vasta combinación, consumando con el noble y desgraciado ejército de la Liguria una larga serie de sacrificios.

Tomando su partido, hizo el general Bonaparte sus disposiciones con la mayor prontitud y dirigió todo su ejército hacia la orilla izquierda del Po. Reunió su parque de artillería, que acababa de ponerse en estado de maniobrar, y mandó á Lannes que reuniese todas las barcas tomadas en Chivasso, que las dispusiese como si fuera á echarse un puente y que pasara al Piamonte. Su ánimo era engañar por segunda vez á Mr. de Melas acerca de sus proyectos, y salió con ello lo mismo que la vez primera. Al ver los movimientos concertados por el general Bonaparte, Mr. de Melas, que parecía querer formar ilusiones á toda costa, se lisonjeaba con que los franceses que habían bajado por los Alpes fuesen en escaso número. Creyó que si el general Bonaparte quería solamente, según todo parecía indicarlo, atravesar el Po para entrar en Turín y darse la mano hacia el monte Cenis con el general Thurreau, podría él hacerle frente cortándole todos los puentes y disputarle el paso del Po con unos treinta mil hombres. Concibió de resultas la esperanza de poderse defender en aquella línea sin hacer el doble sacrificio de las posiciones ocupadas sobre el Var y las ventajas obtenidas sobre Génova. En su consecuencia, juntó Mr. de Melas con el general Haddick que volvía del valle de Aosta y con el general Kaim apostado en el desembocadero de Suza

los diez mil hombres que traía de Niza y además un nuevo destacamento sacado del Var, reuniendo así una fuerza de treinta mil hombres, y creyendo que no fuese mayor nuestro número, se jactaba de disputarnos con sus fuerzas la posesión del río que separaba á los dos ejércitos.

No trató el primer cónsul de destruir aquella nueva ilusión de su adversario, y dejándole ocupado hacia Turín en aquella especie de condensación de sus fuerzas, se replegó de repente hacia Milán. Lannes, que había fingido subir por el Po arriba marchando desde Chivasso sobre Turín, hizo precisamente lo contrario, y se adelantó corriendo abajo por Crescentino y Trino sobre Pavía, donde tenían los imperiales inmensos almacenes de víveres, municiones, artillería y la más importante de las comunicaciones, por ser á un tiempo mismo la llave de los pasos del Po y del Tesino. Murat se encaminó por Vercelli sobre el punto de Buffalora; el ejército entero siguió el movimiento general sobre Milán, y el 31 de mayo llegaron delante del Tesino. Este río es ancho y profundo: no había barcas para cruzarlo, y ocupaba la ribera opuesta una numerosa caballería, perteneciente al cuerpo de Wukassowich que custodiaba el Simplón y aquella parte de la salida de los Alpes. Por detrás del Tesino se extiende el ancho canal de Naviglio-Grande, que atraviesa la comarca hasta Milán. Este canal corre hasta cierta distancia paralelamente al cauce del río, del cual viene á ser un ramal, hallándose además sumamente cercanos el uno al otro. La caballería enemiga, agolpada en una lengua de tierra sumamente angosta entre el Tesino y el canal, se veía muy embarazada en sus movimientos y no podía valerle ni desplegar sus fuerzas. El ayudante general Girard tomó algunas embarcaciones que los lugareños de aquellas cercanías habían escondido cerca de Galiata y que se apresuraron luego á poner á disposición del ejército; pasó seguido de unos cuantos soldados, y cerró con la vanguardia austriaca. Reforzado continuamente con las idas y venidas de aquellas barcas, y protegido por el fuego de la artillería, rechazó á la caballería, que no osaba arriesgarse demasiado en un terreno harto desfavorable para sus maniobras, y la obligó á repasar el canal de Naviglio-Grande por un punto conocido con el nombre de puente de Turbigo. Atravesó así de una sola vez el canal y el Tesino; mas el general Wukassowich acudió con la brigada de infantería de Laudón é intentó penetrar en el pueblo de Turbigo. Vióse acometido entonces el ayudante general Girard por cuatro ó cinco mil infantes sin poderles oponer más que unos centenares de soldados; defendióse muchas horas consecutivas con grande arrojo y presencia de ánimo, y consiguió salvar el puente de Turbigo, cuya pérdida hubiera arrojado á los franceses al lado de acá del Naviglio-Grande y quizá del mismo Tesino. Mientras se defendía con tanto denuedo, el general Monnier, que había conseguido pasar por un poco más abajo, acudió á su socorro, cayó sobre las tropas de Laudón y las arrojó de Turbigo. Quedó así salvada y rota la línea que había de contener al ejército francés con un mero combate de vanguardia. Al día siguiente, 1.º de junio (12 pradial), pasó la división de Boudet hacia Buffalora, y el ejército entero se adelantó sobre Milán. Wukassowich, que temía ser cogido entre el grande

ejército que avanzaba por la Lombardía y el cuerpo de Moncey que bajaba del San Gotardo, se retiró con toda premura, y mandó á la brigada de Medowich, que ocupaba la falda de las montañas, replegarse por Cassano hacia la espalda del Adda. Él por su parte se refugió también por el mismo lado hacia Milán y Lodi, dejando una guarnición de dos mil ochocientos hombres en el castillo de Milán.

No había ya obstáculo ninguno que detuviese al ejército francés; podía entrar en la capital de la Lombardía, que estaba gimiendo bajo el yugo de los austriacos hacía más de un año. Hasta entonces no habían oído hablar aquellos desgraciados italianos más que de las victorias de Melas y de los reveses de los franceses. También por Milán habían circulado las caricaturas sobre el ejército de reserva inventadas en Viena y en Londres; representábase en un tropel de niños y de ancianos armados de garrotes, montados en asnos, y con dos trabucos orientados por artillería. Al paso que prodigaban la irrisión y la befa contra la república francesa, lo cual en verdad importaba muy poco, hacían pesar sobre aquellos infelices pobladores la más dura de las opresiones. Cuanto había en Lombardía de más florido y señalado por su riqueza y su ilustración, yacía en las prisiones y en el destierro por meras sospechas de haber tomado parte en los negocios de la república cisalpina. La persecución, cosa muy de notar, había pesado menos sobre los patriotas exaltados que estaban en correspondencia con los jacobinos franceses, que sobre los hombres moderados, cuyo ejemplo se creía pudiera contagiar á los pueblos. Excepto algunas rarísimas hechas del gobierno austriaco y algunos nobles adictos al partido oligárquico, todos suspiraban por la vuelta de los franceses. Pero nadie se atrevía apenas á esperarla, sobre todo viendo al barón de Melas tan afortunado en la Liguria, tan cercano á entrar en Génova y á pasar el Var, y al primer cónsul tan ocupado, en la apariencia al menos, con los peligros de invasión que amagaban á la Francia por el lado del Rhin. Aun llegó á cundir entre el pueblo la voz de que el general Bonaparte, tan conocido en Italia, había muerto en Egipto, y que cual otro Faraón se había anegado en el mar Rojo, siendo el que ahora tomaba su nombre uno de sus hermanos.

Fácil es imaginarse cuál sería la sorpresa de los italianos cuando se les anunció de repente que asomaba un ejército francés por Ivrea, que desembocaba ya por el otro lado, que marchaba sobre el Tessino, y que por último había atravesado este río. Figúrese la agitación que reinó en Milán, las afirmaciones, las denegaciones que por espacio de cuarenta y ocho horas circularon entre el vecindario en todos sentidos, y por último el alborozo que estalló cuando se vió confirmada la noticia con la presencia del mismo general Bonaparte que marchaba con su estado mayor al frente de la vanguardia. El 2 de junio (13 pradial) el pueblo entero, que salió en tropel al encuentro del ejército francés, reconoció al ilustre general que tantas veces había visto dentro de sus muros, le acogió con delirio de entusiasmo y le recibió como á un libertador bajado del cielo. Jamás los sentimientos de los italianos, tan expresivos y enérgicos de suyo, se mostraron con mayor viveza, porque tampoco se habían reunido jamás tantas circunstancias para hacer más espontáneo y profundo el alborozo de un

pueblo. Así que entró en Milán el general francés, abrió las puertas de las prisiones y restituyó el gobierno del país á los amigos de la Francia. Dió una administración provisional á la república cisalpina y la compuso de los hombres más respetables. Fiel con la Italia al sistema que seguía en Francia, no consintió violencias ni reacción, y al poner la autoridad en manos de los italianos de su partido no les permitió ejercerla contra sus paisanos del partido contrario.

Después de consagrar los primeros momentos á los negocios de los milaneses, se apresuró á encaminar sus columnas en todas direcciones hasta los lagos, hasta el Adda y hasta el Po, para fomentar y propagar la insurrección en favor de los franceses, tomar los almacenes del enemigo, apoderarse de sus comunicaciones y cortarlas todas las retiradas. Salían hasta aquí las cosas á medida de su deseo, porque Lannes, que había marchado sobre Pavía, consiguió entrar en ella el 1.º de junio y tomar inmensos almacenes. Había encontrado este general en los hospitales austriacos de aquella ciudad grandes acopios de granos, forrajes, municiones y armas, y lo que era aún más importante, trescientas piezas de artillería, la mitad de campaña. Hizose allí con muchos pertrechos de puentes que las compañías de pontoneros franceses, que carecían de material, como ya dijimos, se disponían á emplear sobre el Po. La división de Chabrán, que había quedado frente al fuerte de Bard, se apoderó de él el 1.º de junio y tomó diez y ocho cañones; después de darle guarnición, del mismo modo que á Ivrea, fué á ocupar la corriente del Po desde el Dora Baltea hasta el Sesia. Ocupábale Lannes desde este punto hasta Pavía. El cuerpo del general Bethencourt, que venía del Simplón, fué situado delante de Arona hacia la extremidad del lago Mayor (1). La legión ita-

(1) El paso del Simplón, dirigido por el general Bethencourt, fué obra verdaderamente heroica, digna de especial mención. La siguiente descripción de aquella memorable empresa está tomada del parte oficial que dió de ella el general en jefe Berthier al ayudante general Quatremerre Disjonval.

«...El 6 pradial envió usted orden al general Bethencourt, encargado de dirigir la expedición del Simplón, para que comenzase el paso. La naturaleza, sumisa, por decirlo así, á la voluntad del primer cónsul aun en los parajes donde domina con más absoluto imperio, se prestó gustosa entonces á hacer desaparecer dos meses antes de lo acostumbrado un obstáculo que aumenta en sumo grado las dificultades que ofrecen aquellos senderos tan angostos y escabrosos. La nieve había desaparecido de los caminos, pero el ímpetu de los aludes los había cortado y hecho intransitables en muchos puntos...

»El 8 pradial llegó el general Bethencourt con unos mil hombres á uno de aquellos parajes en que sólo puede pasarse sobre tablas, medidas por una extremidad en las grietas de la roca, y descansando por el otro extremo sobre una gruesa viga transversal. Un pedazo de peñasco que bajó rodando desde la cima del monte destruyó aquella especie de puente, precipitando las tablas y la viga en un torrente que con espantoso rumor corría por entre aquellos abismos; pero el general Bethencourt había recibido orden de pasar, y declarando que ningún obstáculo podría detenerle, resolvió hacerlo del modo siguiente:

»De cuanto había imaginado el arte en aquel paraje para vencer á la naturaleza, sólo quedaba la hilera de agujeros donde habían estado medidas las puntas de las tablas. Uno de los soldados, lleno de arrojo, se ofreció á hacer practicable el paso, y poniendo los dos pies en los dos primeros agujeros, asido á una cuerda que anudó á un arbusto al lado de acá, fué pasando de uno en otro y ató al otro lado dicha cuerda, para que agarrados á ella fueran después pasando todos. Rompió la marcha el general Bethencourt, con los pies en los agujeros de la roca, y sujetándose con los bra-